

# EL MADRILEÑO,

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y NOTICIAS.

Suscripción en Madrid.

Por un mes. . . . . 3 reales.  
Por tres id. . . . . 20 id.

Suscripción en Provincias.

Tres meses. . . . . 26 reales.  
Por seis idem. . . . . 50 id.

En el extranjero y Ultramar.

Por un año. . . . . 120 reales.  
(Franco de porte).

La correspondencia se dirigirá al propietario del periódico, D. José Morales y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15.

## CAJA DE AHORROS

DE  
EL MADRILEÑO.

Llamamos la atención de nuestros favorecedores, sobre el reglamento orgánico que insertamos en la cubierta del presente número.

Deseando hacer mas beneficiosa cada día esta publicación, y sin que nuestras aspiraciones dejen siempre de ser tan modestas como hasta aquí, nos hemos decidido á fundar una Caja de Ahorros, sirviendo de base un descuento de la suscripción, que hacemos de nuestro bolsillo particular, con la idea de formar un depósito que redunde en provecho de nuestros abonados.

Repetidas veces hemos hablado ya de la importancia que tienen las asociaciones en la vida grandiosa del progreso; nadie desconoce su inmensa trascendencia en el orden moral y material; por lo mismo, y siendo nuestro mayor placer el de sacrificar cuanto esté de nuestra parte en provecho de los que nos honran, deseando vivamente corresponder á los muchos favores que nos dispensan, y alimentando la noble aspiración de que nuestros esfuerzos no sean nunca estériles, vamos á esponer con nuestra proverbial sinceridad el pensamiento que nos ocupa.

Nuestro objeto es el de formar á nuestros suscritores una Caja de Ahorros, ó un depósito que tenga por base una pequeña suma deducida del interés líquido de la suscripción.

Repetimos que nuestras pretensiones son modestas; no se trata de organizar un banco, ni de promover una asociación de crédito, ni de establecer capitales en comunidad para un objeto dado; se trata de invertir todos los años una suma depositada en un banco legalmente constituido, en beneficio de

nuestros abonados y en la forma que anunciamos en la cubierta.

Sin grávar para nada los intereses de nuestros suscritores, podemos formar un capital razonable con solo llevar al depósito un real cada mes; la inversión de este capital va señalada en los capítulos del prospecto.

En resumen, así como podíamos dedicar á las instituciones de beneficencia, hospitales y asilos de caridad una parte de nuestras utilidades, hemos resuelto consagrarla á nuestros suscritores, no tanto porque es un deber en nosotros manifestarnos agradecidos con los que nos honran, sino porque popularizándose nuestro pensamiento, conseguiremos hacer un gran servicio á las clases pobres de la sociedad, ó á esas otras clases que, sin ser pobres, están medianamente acomodadas.

Fácilmente se conocerá que somos movidos por un buen deseo y que nuestra mayor gloria sería la de hacerle utilizable con su realización para la cual no omitiremos todo género de esfuerzos y de sacrificios que esperamos serán coronados, porque esta idea envuelve profundas miras de filantropía y beneficencia, porque está emancipada de las especulaciones administrativas, porque se encamina al bien con el impulso mas fecundo, porque sirve de instrumento á una obra eminentemente elevada.

Estamos seguros de que nuestros esfuerzos serán coronados, porque la laboriosidad y la constancia no pueden menos de hallar providenciales recompensas, porque todo lo que se dirige á un fin beneficioso tiene que prevalecer en la esfera del mundo.

Amalgamar el interés que inspira una publicación literaria con las ventajas de una CAJA DE AHORROS, destinada á cubrir las necesidades de aquellos de nuestros suscritores de mediana fortuna, tal es nuestro objeto, tal la

beneficencia que pretendemos ejercer modestamente, seguros de que nuestros favorecedores cooperarán á su mejor desarrollo y establecimiento.

Con nuestra laboriosidad literaria seremos humildísimos colaboradores del progreso; con los sentimientos de nuestro corazón amigos apasionados de la humanidad, amigos en sus desgracias y tolerantes para con sus extravíos.

Seguros estamos de que todos cuantos nos honran con su confianza nos ayudarán para llevar á cabo este pensamiento; en su interés está, y á ellos conviene tanto como á nosotros darle el impulso posible, contribuir por todos los medios á su fomento y desarrollo; generalizarle, estenderle entre las masas con una fé grande y superior, única manera de convertirle en realidad.

Omitimos todo género de protestas deslumbradoras que á nada conducen, cuando el tiempo es el verdadero juez de todas las cosas; nosotros cumplimos con un deber de nuestra conciencia siempre alentados por la nobilísima esperanza de que todos los esfuerzos legítimos alcanzan recompensas.

JOSÉ MORALES Y RODRIGUEZ.

## EL CURA PÁRROCO

POR EL CÉLEBRE ESCRITOR FRANCÉS LAMARTINE.

«Hay un hombre en cada parroquia que no tiene familia, pero que es de la familia de todo el mundo; á quien se llama testigo, como consejero ó como agente, en todos los actos mas solemnes de la vida civil, sin el cual no se puede nacer ni morir; que recibe al hombre en el seno de su madre y no le abandona hasta la tumba: que bendice ó consagra la cuna, el lecho conyugal, el lecho mortuario y el ataud; un hombre á quien los niños se acostumbraban á amar, á venerar y á temer; á quien los desconocidos mismos llaman su padre; á los pies del cual van los

cristianos á esponer las revelaciones mas intimas, sus lágrimas mas secretas; un hombre que es por su estado el consolador de todas las miserias del alma y del cuerpo, el intermediario obligado de la riqueza y de la indigencia; que va llamar alternativamente, á su puerta al pobre y al rico; al rico, para depositar la limosna secreta; al pobre, para recibir la sin rubor; que no perteneciendo á ningun rango social, participa igualmente de todas las clases: de las inferiores, por la vida pobre, y frecuentemente por la humildad de su nacimiento; de las altas, por la educación, la ciencia y la elevación de sentimientos que una religion filantrópica inspira y manda; un hombre, en fin, que lo sabe todo y que tiene el derecho de decirlo todo; cuya palabra es desde lo alto sobre las inteligencias y sobre los corazones, con la autoridad de una mision divina y el imperio de una fé preexistente. Este hombre es el párroco; ninguno puede hacer mayor bien á mayor mal á los hombres, segun llene ó desconozca su alta mision social.

¿Qué es un párroco? Es el ministro de la religion cristiana; encargado de conservar su dogma, de propagar su moral, y de administrar sus beneficios á la parte del rebaño que le ha sido confiada.

De estas tres funciones del sacerdocio brotan las tres cualidades bajo las cuales vamos á considerar al párroco; es decir, como padre, como moralista y como administrador espiritual del Cristianismo en su feligresia.

De ellas tambien nacen las tres especies de

deberes que necesita llenar para ser completamente digno de sublimidad de sus funciones sobre la tierra, de la estimacion y veneracion de los hombres.

#### Sus deberes como conservador del dogma.

Como padre ó conservador del dogma cristiano, los deberes del párroco no son accesibles á nuestro examen.

El dogma cristiano y divino de su naturaleza, impuesto por la revelacion, aceptado por la fé, esta virtud de la ignorancia humana, se resiste á toda crítica; el padre no debe cuenta, como el feligrés, mas que á su conciencia y á su iglesia, única autoridad ante quien es responsable. Sin embargo, en esto mismo la razon del párroco puede influir útilmente en las prácticas religiosas del pueblo á quien instruye. Algunas credulidades frívolas, algunas supersticiones populares, se han confundido, en tiempo de tinieblas y de ignorancia, con las altas creencias del puro dogma cristiano. La supersticion es el abuso de la fé; al ministro ilustrado de una religion que soporta la luz, porque toda la luz emana de ella, toca destruir estas sombras que oscurecen la santidad, y que habian confundido á los ojos precavidos del Cristianismo esta civilizacion práctica, esta razon suprema, con las industrias piadosas ó las credulidades groseras de cultos de error ó defecion. El deber del párroco es destruir estos abusos de la fé, y reducir las creencias demasiado complacientes de su pueblo á la grave y misteriosa sencillez del dogma cristiano; á la contemplacion de su moral, al desarrollo progresivo de sus obras de perfeccion.

La verdad no tiene necesidad nunca de error, y las sombras no añaden nada á la luz.

#### Sus deberes como moralista.

Como moralista la obra del párroco es mas bella aun. El Cristianismo es una profeta divina escrita de dos maneras: como historia en la vida y muerte de Jesucristo; como precepto, en las sublimes lecciones que trajo al mundo. Estas dos palabras del Cristianismo, el ejemplo y el precepto, se hallan reunidas en el Evangelio ó el Nuevo Testamento; el párroco debe tenerle siempre en la mano; siempre ante sus ojos; siempre en su corazon: un buen párroco es un comentario vivo de este libro divino. Cada una de las misteriosas palabras de él responde con exactitud al pensamiento que le interesa, y encierra un sentido práctico y social que ilumina y vivifica la conducta del hombre. No hay verdad moral ó política, cuyo germen no se halle en un versículo del Evangelio; todas las filosofías modernas han comentado uno; y le han olvidado en seguida; la filantropía ha nacido en su primero y único precepto, la caridad; la libertad ha marchado en el mundo, tras de sus pasos, y ninguna servilumbre degradante ha podido subsistir ante su luz; la igualdad política ha nacido del reconocimiento que nos ha obligado á hacer de nuestra igualdad, de nuestra fraternidad delante de Dios; las leyes se han dulcificado, las costumbres inhumanas se han abolido, las cadenas se han roto; la mujer ha reconquistado el respeto en el corazon del hombre. A medida que las palabras de aquel libro han sonado

## LOS AMORES DE UN PINTOR,

POR

D. Francisco P. Estrada.

(Continuacion.)

—Se que por mil duros se le ha franqueado á Vd. la puerta de esta casa, y vengo á abonárselos para que no se moleste, porque el honor de quien la habita... no se vende...  
—¡Es chistoso!

—Se que Vd. es un caballero, y que por lo tanto me hará Vd. este señalado favor.

—Pues bien; yo le respondo á Vd. en cuanto á lo primero, que lo que adquiero es porque me agrada, y lo que me agrada no acostumbro á cederlo; en cuanto á lo segundo, que me autORIZA quien debe, y entraré; y respecto á lo tercero, que aunque soy tal como Vd., me juzga, no retrocedo en cosas de amigos ni le cedo á nadie la vez.

—En ese caso, continuó Eduardo, colocándose delante de la puerta, es necesario que pise Vd. mi cadáver para que entre en esta casa.

—¡Pues entrará! dijo Alfredo con energia.

—Le aseguro á Vd. que no.

—¡Lo veremos!

—¡Lo veremos!

Y al mismo tiempo cada cual amartilló una

pistola en direccion al pecho de su contrario.

—¡Apártese Vd. ó le mataré como á un perro...

—¡Tire Vd., dijo Eduardo cruzándose de brazos.

Aunque Alfredo rayaba en temerario se estremeció al notar la imposibilidad de aquel hombre.

—No nos acaloremos tan pronto; dijo con acento glacial que demostraba su valor y cuán acostumbrado estaba á cierta clase de lances.

—Vd. dice que no y yo que sí; ¿se halla Vd. dispuesto á ceder?

—Si Vd. lo hace...

—¡Jamás!

—Entonces no puedo consentir que Vd. sea tan infame como el que le envia...

—¡Caballero!

—¡Lo dicho!

—¡Y quien le asegura á Vd. que no saliese de esta casa cuando Vd. se imaginó que entraba!

—Al escuchar aquellas frases un grito de espanto se escapó de la garganta de Eduardo que parecia haber recibido el golpe de muerte.

—¿Qué ha dicho Vd? exclamó saltando sobre Alfredo como un tigre.

Lo mismo que divulgaré en todos los circulos de la sociedad ioteria le mato á Vd. ó me hace desistir de mi propósito...

—Luego Vd. lo que quiere es un duelo?

—¡Justamente... solo así podremos arreglarnos...

—¡Pore el retrato.

—Si Vd. mata al que lleva muertos en cinco desafios sus cinco contrarios, de otros tantos pistolatazos, el retrato será de Vd. y evitará mis palabras, de otra manera es imposible; pero, si como es probable, casi seguro, sucede lo contrario, me reiré de Vd. admirablemente...

—¡Ningun otro medio aceptaría Vd. que evitara una desgracia?

—¡Bah! no tenga Vd. miedo, si la vida es polvo; muerto el perro!

—En ese caso estoy á sus órdenes.

—Dígame Vd. su nombre y sus señas y le enviaré á Vd. mis padrinos.

—Gracias, mi nombre no hace al caso y mis señas son las siguientes:

«Dentro de una hora detrás de las tapias del cementerio de San Luis.»

—Comprendo. ¿Y las armas?

—Sable ó pistola.

—Vd. diga.

—Lo segundo...

—Convenido, y en ese caso voy á buscar mis padrinos, pero Vd. no se va.

—Si Vd. no se queda...

—No, volveré cuando haya enviado á Vd. á la eternidad...

Alfredo se alejó y Eduardo permaneció pensativo.

en los siglos, han producido la destrucción de un error, ó de una tiranía...

Peró la obra dista mucho de estar concluida; la ley del progreso ó del perfeccionamiento, que es la idea activa y poderosa de la razón humana, es también la del Evangelio: él nos prohíbe desespear á la humanidad, ante la cual abre incesantemente horizontes más claros, y cuanto más se abren nuestros ojos á la luz, más promesas tenemos en sus misterios, más verdades en sus preceptos, más porvenir en nuestros destinos.

El párroco con este libro tiene en su mano toda moral, toda razón, toda civilización, toda política. No tiene más que abrirlo, leer, y esparcir en torno suyo el tesoro de luz y de perfección de que la Providencia le ha dado la llave: su enseñanza debe ser como la de Jesucristo, duplicada por la vida y por la palabra: su vida debe ser, en cuanto lo permita la debilidad humana, la explicación sensible de su doctrina, una palabra viviente. La Iglesia le ha colocado allí más como ejemplo que como aráculo: puede faltarle la palabra si la naturaleza le ha negado esta don, pero la palabra que se hace oír de todos es la vida; no hay lenguaje humano tan elocuente y tan persuasivo como una virtud.

(Se concluirá.)

## EL REGLUTA.

### CUENTO POPULAR (1):

(Continuacion.)

#### VI.

La Nicolasa quedó tranquila con las se-

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! perdonadme; murmuraba con voz roncá; si muero arrastraré al sepulcro dos existencias; la tuya, ¡pobre madre mía!... y la tuya, Laura de mi corazón!... ¡Cuán agena estarás de la lucha que destroza mi alma! ¡Quién velará por tí? ¡Ah! Nadie, el mundo sabrá tu deshonra y acaso habrán sido inútiles mis esfuerzos; pero ese hombre, ¡ah es imposible!... entraba, no me cabe duda... tu pureza no ha sido mancillada... tu espíritu reposa tranquilo en brazos del sueño... y entre tanto, yo velo, velo, y tal vez mañana me habrás perdido para siempre... en mi camino solo dos cosas puedo elegir, mi muerte ó tu deshonra y la mía... y Eduardo sacudió la cabeza, se oprimió la frente con ambas manos como si quisiera apagar la fiebre que le atormentaba, y se arrancó de aquel sitio en que parecía clavarle su mismo dolor... Cruzó calles y plazuelas, hasta llegar á la puerta de su casa, miró repetidas veces á las ventanas, derramó abundantes lágrimas, y poco después se dirigió al lugar destinado para el duelo.

Amanecía... Las vagas lóces del crepúsculo tenían de púrpura las crestas de las montañas y las aves cañaban en los árboles. Todo respiraba vida, alegría, esperanza; el mundo empezaba á sacudir el sueño y alguno que otro arriero, riendo ó charlando con sus com-

guridades que la dió la madre de Canuto; y la hija de una cabra se la contaba á todo el mundo tan satisfecha como si realmente se hubiera de librar el muchacho por los dos dedos que le faltaban para llegar á la marca.

La noche antes de la partida es de costumbre en el país que los mozos obsequian á los que se van, con música y zambra y tal cual ración de morapio, que suele alegrar los cascos demasiado; Canuto, que como sabemos por boca de la misma madre que le parió, tenía la rara cualidad de reventar de bruto cuando le daba la gana, se puso aquella noche como una bodega, así es que cuando se fué á despedir de la Nicolasa, apenas se podía tener en pié, cosa que le ponía en disposición de hacer una animalada.

A la Nicolasa la dió por llorar y al muchacho le dió por reír y por decir cada barbaridad que cañaba el misterio; pero en fin, tanto y tanto gudo llorar la Nicolasa, que el muchacho se desmayó á su presencia, y se quedó tan tieso de frío, que fué necesario que la chica le diera unas friegas para hacerle volver en sí, bien que esto no se pudo conseguir hasta la madrugada, que salió más alegre que unas pascas de casa de la novia, diciendo á sus camaradas con mucho énfasis: «que no había mujer como la divina Nicolasa para hacer entrar en calor al que se desmayaba de frío.»

pañeros, aparecía á lo largo del camino sobre una mula que hacía sonar alegremente sus campanillas.

Sin embargo, el viento llevó á los oídos de Eduardo el lúgubre sonido de una campana que en la capital doblaba por el alma de algun difunto. Entonces se postró de brujo y inclinando su cabeza, comenzó á orar en silencio mientras dos gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos.

¿Y crees que es falta de carácter ó de energía? no, lector; pero si recoges tu espíritu y te consideras en ese estado en que el corazón del hombre lucha entre la vida y la muerte, en que una pasión frenética y dulce, te arrastra hácia lo que es el bello ideal de tu fantasía y al mismo tiempo te ataca la voz de esa otra mujer á cuyo lado has crecido, y que te ha alimentado con su propia sangre, y cubierto con sus ropas, y medido en sus brazos, y acariciado mil y mil veces; de esa que daría su vida por la tuya y su alma por una expresión cariñosa de tu boca, de esa, en fin, cuya felicidad y cuya recompensa á sus innumerables sacrificios estriba en oírte pronunciar el santo nombre de «madre»; tú frenéticamente te inclinas también, y tu espíritu, en alas de un sentimiento religioso superior á tu entendimiento, se eleva á Dios en sus oraciones como único asilo que puede romper con su clara luz las negras tinieblas en que se envuelve tu cerebro extraviado... Eduardo,

#### VII.

Y en esto llegó la hora de la partida, que se anunció con el sonido de una bocina al toque del alba. En torno de una cruz de granito que hay á la salida del pueblo se agruparon todos los soldados y sus amigos, y sus padres, y sus hermanas, y sus novias; total, todos los habitantes del pueblo incluso el labernero que había hecho su agosto la noche anterior.

Inútil es decir que hubo allí una buena escena de lágrimas y suspiros, y abrazos y frases tristes y amargas; tenía uno oprimido el corazón y apenas se atrevía á respirar; y no sabemos en qué hubiera parado aquello si el bárbaro de Canuto no hubiera terminado la fiesta con una de sus frecuentes animaladas.

La Nicolasa lloraba como una Magdalena á pesar de ser una mocetona como un roble, y todos se preguntaban por lo bajo:

—¿Por qué demonio llorará tanto esa muchacha?

Peró Canulito veía también unos lágrimas como puños, y unos á otros se contestaban: —Ellos se entienden y bailan solos.—

En efecto, ellos se entendían, y la prueba está en que Canuto oprimía una mano á su amada, y la decía:

—No llores más, canario, ¿no ves que me puedo volver á desmayar, y que no es esta la mejor ocasión para hacerme en-

con su gran corazón de artista y su imaginación de poeta, luchaba frente á frente con la sociedad... y él que había prostrado más de una vez el peligro por la mujer amada, al que hubiera espuesto una y cien vidas que tuviera por hacerla feliz; consideraba en este momento la amarga trascendencia de las palabras de Krieger.

Al recuerdo de su madre, sus ojos se anegaban en lágrimas y su corazón parecía salirse del pecho en fuerza de sus latidos, pero el sentimiento de su honor, las absorbía y se acababa haciéndole permanecer sereno y tranquilo en aquel sitio, donde le era prescindible matar para acallar el grito de la sociedad contra la virtud y la desgracia, ó morir para no escucharles...

Pasados algunos instantes, Eduardo volvió sus ojos hácia el camino á tiempo que un carruaje tirado por dos hermosos caballos avanzaba rápidamente hácia allí.

Se detuvo.

El lacayo abrió la puerta y tres caballeros vestidos de negro se bajaron y rodeando el cementerio se acercaron al sitio en que se hallaba.

Eduardo, que había reconocido en ellos á Alfredo y al que la noche anterior le acompañaba, los saludó cortesmente.

—Ese es, Pablo, dijo Alfredo á su amigo.

—Caballero, dijo el llamado Pablo dirigiéndose á Eduardo, aunque este duelo va á veri-

(1) Véase el número anterior.

trar en calor si me acomete el frío de anoche?

Ella le sacudió bonitamente un soberbio bofetón por *parlanchín* y él le recibió con el mayor agrado, asegurando que la Nicolasa tenía cosas capaces de volver el juicio al mas pintado.

En esto se dió la señal de la partida y le entró á la muchacha un *berrinche* tan furioso, que *Canuto* se acercó á ella y le dijo:

—Ea, no seas tonta y acuérdate mucho de mí.

—Demasiado me acordaré, contestó ella, á bien á bien que me dejas recuerdo para toda la vida.

Los mozos empezaron á desfilar, y *Canuto* entonces sintió un vuelco en el corazón y empezó á poner el grito en el cielo.

—Ah! divina Nicolasa—eclamó—si al menos vinieras tú siempre á mi lado para curarme cuando me desmayara!

—Anda con Dios y con la virgen—respondió ella—y si te quedas por allá no bagas alguna *animada* como las que acostumbras: bastante me dejas á mí que contar.

Y haciendo esfuerzos increíbles, pudimos arrastrar á *Canuto* á que tomara el *tole* con nosotros, porque el muy bruto se había empeñado en desmayarse como la noche anterior á los pies de Nicolasa, asegurando con la misma prosopopeya de

siempre: que la muchacha se pintaba sola para hacer entrar en calor á una estatua de hielo.

## VIII.

Y llegamos á la capital de provincia, querido lector, después de dos días de un alegre viaje.

La madre de *Canuto*, fiel á su promesa, le acompañaba, temerosa como ella decía, de que el muchacho no fuera á dar el *estallido* consabido en aquellas criticas circunstancias.

El día designado fuimos al gobierno provincial á ser entregados en caja, y cuando nos tocó en turno, me tallaron á mí que era el número uno, como llevo dicho, y habiendo sido declarado soldado me volví á mi puesto para presenciar el *marqueo* de *Canuto*, y decir en su favor cuatro palabras si hacía al caso.

Su pobre madre estaba tan traspasada de dolor como la virgen al pié de la cruz, permitásemela la comparación; pero con todo le animaba y le decía:

—Encójete todo lo posible: no seas bárbaro: aunque te digan que te pongas tieso contesta tú que *nones*: y Vd. Sr. Herrero no deje de decir á esos señores alguna copla en favor de este pobre muchacho que nos deja perdidas á mí y á la Nicolasa si se va.

Enternecido de aquella sublime candidez

ficarse sin las formalidades acostumbradas, deseaba saber donde están sus padrinos para que nos entendiésemos...

—Señor mío, mis padrinos son mi razón y mi conciencia; si se ahijado de Vd. accede á las súplicas de un hombre boarado y me da las satisfacciones debidas, yo estoy pronto á retirarme; pero si no, mi honor me dice que debo permanecer aquí hasta el descalace...

—Cuando vengo á estos sitios, dijo *Alfredo* poniéndose los lentes con insolencia, es porque la razón me asiste, y me hallo dispuesto á sostener lo que digo, pero nunca á ceder el campo á mis contrarios.

—Pero sepamos al menos las causas...

—Hoy por hoy está vedado el saberlas, aun á vosotros mismos, queridos; mañana, es decir, cuando este caballero no exista...

—Señor don *Alfredo*, no perdamos tiempo; está visto que uno de los dos estoriamos en el mundo, y puesto que así es, estoy completamente á sus órdenes.

Mientras uno de los dos padrinos cargaba las pistolas el otro se preparó á medir la distancia, y preguntó:

—¿A cuántos pasos?

—A veinte, á diez, á uno si Vd. quiere, dijo *Eduardo* con voz dulce y tranquila.

En seguida se echaron suertes á ver quién tiraba primero, y le tocó á *Alfredo*.

Una sonrisa de triunfo yagó en sus labios, y los padrinos se miraron y miraron alterna-

tivamente á *Eduardo*, como quien dice: «es hombre muerto.»

Esta se encogió de hombros, y cruzándose de brazos tomó la pistola de arzon que le alargaban y fué á colocarse en el punto designado.

*Alfredo* hizo otro tanto.

De uno á otro mediarían treinta pasos próximamente.

Hecha la primera señal por los padrinos, *Alfredo* amarilló su pistola, estendió el brazo con singular sangre fría y lentitud; esperó un momento.

—Tire Vd., le dijo *Eduardo* con la mayor serenidad y dulzura.

—¿Qué lástima! ¡tan joven! murmuraron los padrinos.

Y al mismo tiempo se oyó una fuerte detonación.

*Alfredo* arrojó al suelo la pistola y se mordió los dedos hasta hacerse sangre.

La bala había atravesado de parte á parte el sombrero de *Eduardo*, que permaneció impasible y sonriendo.

—La suerte, dijo con amabilidad, no ha querido complacer á Vd. en esta ocasión; con todo, si Vd. se retracta de lo dicho hemos concluido.

—Ni me retracto ni pierdo las esperanzas de matar á Vd.

—Entonces....

—Ya estoy, no perdamos tiempo.

prometi estar á la mira de *Canuto*.

Hay en el patio del gobierno provincial una cisterna con brocal de granito y tapadera de hierro, y la pobre madre se subió encima de la plancha para dominar sobre aquel oceano de cabezas y poder presenciar el *marqueo* del hijo de sus entrañas.

Tocó su vez á *Canuto*, se quitó los zapatos con mucha prosopopeya, y se plantó en un periquete debajo de la marca: su pobre madre no quitaba de él los ojos y yo tampoco le perdía de vista porque sabía que á otro camarada que iba detrás le interesaba mucho que tuviera la marca el muchacho.

Al principio *Canuto* se resistió como un héroe: encojía los nervios, agarrotaba el cuello, se aferraba con los piés á la tabla inferior haciendo tales esfuerzos que por poco la hace saltar en pedazos.

El tallador, que era un *maestro muy bueno*, empezó á bregar con él con mucha suavidad, hasta que habia ocasion de aprovechar algun descuido y entonces se estiraba la cabeza como si fuera una pelota de gomá elástica.

Yo que conocia el juego comprendi que era cosa decidida la mala suerte de *Canuto*: comprendi que su pobre pescuezo habia de dar de sí los dos dedos que le faltaban para llegar: sin embargo, quise aventurar alguna palabra que sirviera de consuelo á la pobre madre, y manifesté en voz alta que el tallador debía conformarse con po-

—Vd. lo quiere, dijo *Eduardo*, y con extraordinaria rapidez y maestría alzó el brazo y tiró del gatillo.

Instantáneamente *Alfredo* se llevó las manos á la cabeza y cayó desplomado como un tronco.

Mientras los padrinos permanecian horrorizados, *Eduardo* soltó el arma, y con sus generosos instintos corrió y se acercó á *Alfredo*, sin ver en él al obstinado rival que tanto perjuicio le causara, sino al hermano que necesitaba de sus auxilios.

—¡Ha muerto! murmuró *Pablo* con desesperación, inclinándose sobre el exánime cuerpo de su amigo, de cuya cabeza manaba la sangre á torrentes.

—Aún no, dijo el desconocido, pulsándole.

—Pero ¿dónde le llevaremos?

—¿Qué hacer!

—Si permanecemos aquí, es posible que se desangre.

—Señores, mi casa está próxima y allí, si Vds. quieren, podrá recibir los últimos auxilios.

—No dará tiempo.

—Pero Vd....

—Nada hay que temer.

—Caballero, su generosidad y buen corazón alejan todo rencor de nuestra parte, y si no temiésemos molestarle...

—¡Oh! nunca; lo primero... esto primero, señores...

ner al mozo vertical como marca la ley y no estirarle la nuca en aquella forma, porque mas parecía que trataba de romperle la columna vertebral que de otra cosa.

Fué predicar en desierto: Canuto se rindió, y su pescezo empezó entonces á dar de sí de una manera tan prodigiosa, que llegaba ya la cabeza al rape de la tabla cuando su madre empezó á vocear desesperada desde la cisterna, exclamando:

—Hijo, hijo, que vas á tocar arriba: *agacha el cogote*: que llegas, que llegas, que llegas....

No pudo concluir. La cabeza de Canuto subió cuatro ó seis dedos por cima de la talla; y entonces la pobre madre lanzó un grito feroz: el grito de la pantera herida á quien roban su cachorro; todos los que presenciaban aquella escena desgarradora se sintieron conmovidos ante el dolor de la madre que parecía una estatua de piedra según quedó de insensible; pero todo en valde: Canuto fué declarado soldado útil para llevar *el chopo* y *laus deo*.

## IX.

Tenia yo que quedarme en Cáceres un mes lo menos para arreglar algunos asuntos, y al despedirse de mí la pobre madre me dijo:

—Mire Vd. por mi hijo al menos: ya que la virgen no ha querido que se volviera

—Dica Vd. bien; en ese caso aceptamos el sincero ofrecimiento de Vd.

—Procurémos, pues, colocarle en el carruaje lo mejor posible, y entrar con cuidado en la capital para ocultar lo sucedido...

—Es inútil; pues si como criminal se me persiguiera, yo mismo me presentaría á los tribunales... mi conciencia no me acusa... he hecho lo que debía, por mas que repugnara á mis naturales instintos... si él hubiera cedido, este lance no hubiera jamás tan tristes consecuencias.

Y diciendo esto, Eduardo levantó el rígido y helado cuerpo de Alfredo, ayudado de Pablo, y lo condujeron al carruaje mientras el desconocido les precedía sosteniendo entre sus manos la cabeza.

Media hora después el carruaje se detenía delante de la casa del pintor, entrando en la acera y aproximándose tanto á la puerta que ocultaba su entrada por completo.

## XIV.

Cuando llegaron al sotabanco, Eduardo rogó á los demás entrasen con cuidado para que su madre no se despertase, y poco después Alfredo yacía tendido en su lecho sin esperanzas de vida.

El desconocido, que no era otro que un facultativo, se colocó á la cabecera é inmediatamente procedió al reconocimiento de la he-

comigo; al menos haga Vd. por él lo que pueda: Yo me voy traspasada; hemos puesto Vd. y yo de nuestra parte lo que se podía, cómo ha de ser: la Nicolasa se va á morir de pena; porque sospecho que el muchacho y ella han hecho alguna animalada.

Y volviéndose á Canuto añadió:

—Cuidado con que llegues á dar el estallido, hijo mio: acuérdate siempre de tu pobre madre y no dejes de ser hombre de bien.

Le echó su bendición y partió.

## X.

Canuto se marchó al cuartel con los ojos arrasados de lágrimas, asegurando con su habitual prosopopeya: que mas que por su madre lo sentía por la divina Nicolasa que estaba seguro, no habia de comer de pena en mucho tiempo.

Como su infeliz madre me lo recomendó con tanto afán, formé empeño de servirle en todo lo que me fuera dable, y al efecto le dije que todos los días fuera á verme, y á contarme qué tal le iba en el cuartel.

Hay un antiguo refrán que dice, que lo bruto no tiene cura, y como Canuto lo era de pura sangre, cada día hacia en el cuartel una de las suyas, y como era natural sufría el pobre las consecuencias.

Se distinguía sobre todos sus camaradas por un apetito mas neto que el de Helio-gá-

rda y su curación si era posible.

Pablo llamó á parte al jóvan artista.

—Aquí tiene Vd., le dijo, sacando un paquetito cerrado y una llave del bolsillo de su levita, es lo que tenía encargado de entregar á Vd. caso de que la fortuna fuese contraria á nuestro ahijado.

—Doy á Vd. las gracias; y créame Vd., siento en el alma que de medio tan sensible se haya valido para desprenderse de ello. ¿Vd. no tiene antecedentes?

—No. Alfredo salió anoche de la casa en que Vd. se hallaba, regresando á ella poco después... Chico, me dijo, mañana me bato con el embozado, y necesito que seas mi padrino... Le pregunté las razones, y solo me contestó: es inútil que lo sepas, pues sea como quiera me he de batar con él.—Y si no acepta ó se arrepiente?—Entonces le mataré como á un cobarde... Vd. por su parte ha hecho lo que hace siempre un caballero, por consiguiente tome Vd. y no hablemos mas del asunto.

—Estos treinta mil reales, dijo Eduardo sacando algunos billetes, vienen de la misma mano que anoche los admitió, ruego á usted por lo tanto, puesto que Alfredo no ha de tomarlos, los acepte en su nombre y se los entregue á quien correspondan.

—¡Ah! ya comprendo... es que en ese caso...

—Hará Vd. lo que debe, pues de otro modo

hala, y como el rancho fuera bastante escaso para su estómago, dió en la treta el muy taimado de unirse con otro de su jaez y sacar tres raciones en lugar de dos, bajo un pretexto perfectamente urdido.

Pero llegó á descubrir el juego un cabo de escuadra y le sacudió una paliza decente que le quedó recuerdos para toda su vida, porque le hizo bailar de lo lindo al compás de una vara de almendro.

Cuando le tocaba hacer la *imaginaria* se dormía siempre, y entonces recibia otra tanda de golpes algo mas variados, porque se los aplicaban con una vara de Fresno.

Por último, el desventurado Canuto, bien porque tuviera mal-sino, bien porque en realidad era mas bestia que un guarda-walón, es lo cierto que estaba predestinado á recibir en sus espaldas cuantas palizas se daban en el cuartel, y no bien despertaba cuotidianamente cuando el garrote empezaba á bailar sobre sus costillas.

Se desayunaba con una ración de leña, y se acostaba ahumado bajo el peso de los garrotazos, en términos tales, que las delicias de su vida estaban circunscritas á comer dos veces el rancho y á recibir siete ú ocho palizas de marca regular al día.

Cuando se daban lapsos en el cuartel, no habia que preguntar ya quién era el paciente: era una predestinacion fatal para

yo hubiera dispuesto de una cosa que en manera alguna me pertenecía.

—Pero...

—Es un encargo, y solo nos toca cumplirlo. Ahora bien, inutilicémos esta llave, que para nada sirve.

—Caballero, cuanto ocurre es un enigma para mí.

—Puede que todo lo sepa Vd. algun dia; entretanto cuidaremos de que su amigo de Vd. espire como cristiano, ya que no sea dado devolverle la vida.

—Pasemos á la siccha.

—Soy con Vd. al momento.

Pablo entró en la habitación que ocupaba el moribundo y dijo al oído del médico: esto sé que tiene este hombre que en vez de inspirarme odio, me inspira una simpatía inmensa.

Entretanto Eduardo escribió en el sobre de un paquetito: «cumpló mi palabra» y dando al portero de su casa las señas de la habitación de Laura, lo envió sin pérdida de momento.

A su llegada, Laura se hallaba delante del espejo con sus hermosos cabellos destrenzados sobre el blanco peinador de batista que la cubria.

(Se continuará.)

recibir garrotazos, y hubo discusiones muy serias entre los soldados, sobre si aquel hombre era de la misma pasta de los demás, en vista de la poderosa resistencia de sus espaldas.

Todo esto me lo contaba el infeliz suspirando y exclamando:

—Si al menos estuviera aquí la divina Nicolasa para darme aquellas deliciosas friegas cuando me muelen las costillas!

#### Vf.

Todos los días leían á los reclutas las leyes penales como es de costumbre, y aquellos infelices estaban aterrados con la severidad de los castigos que prescribían.

Canuto se *escarapelaba* todo, como él decía, cuando llegaba la hora de asistir á aquella terrible lectura.

—Toda tiene *pena de la via*—me contaba el pobre muy angustiado—esto solo me faltaba para consolarme de las palizas!

Al pobre muchacho no le llegaba la camisa al cuerpo: por un lado le llovían palos por todas partes que era una bendición: por otro aquel incesante *pena de la via* que circulaba de boca en boca sin descanso ni intermision, eran ya cosas bastantes para agotar la paciencia de un santo.

Sucedio una vez que instigado Canuto y otros camaradas tan bisoños como él por uno de esos *soldados viejos*, maestros de todas las picardias, que no faltan en los cuarteles, se aventuró á seguir á aquél solapado fuera del cuartel para formar una *zímra* á la espalda del edificio, y pasar el rato jugando el poco dinero que tenían.

Canuto y sus camaradas se sentaron en el suelo, y colocaron sus capitales sobre la dura tierra, capitales que no pasarian de quince napoleones; pero que á ellos les hacian muy al caso para cubrir sus pequeñas necesidades.

El muy tuno del *soldado viejo* empezó á manejar los naipes con la destreza de un prestidigitador, y no tardaron aquellas inocentes en engolfarse en el juego: pero cuando mas embelesados estaban, se apareció otro *soldado viejo*, cómplice del primero, y con la arrogancia de la autoridad ofendida exclamó:

—Nadie se levante: *pena de la via* al que se mueva.

Decir *pena de la via*, y empezar á temblar aquellos desdichados, fué obra de un momento: temian todos mas aquella sentencia de la ordenanza que á una epidemia.

Unos se arrodillaron, otros se echaron

á llorar, otros pedian perdon, y Canuto con una voz desgarradora decía al *soldado viejo*:

—Por el amor de Dios, señor, que no me maten: tengo una madre anciana y soy padre... digo, no lo soy, pero la Nicolasa y yo hemos hecho muchas animaladas.

Después que el bribonazo del veterano conoció á fondo la candidex de aquellos tontos, empezó á recoger con mucha serenidad el dinero y á guardarle en su pañuelo, exclamando:

—Bien, no tendreis pena de la *via*, pero este dinero me pertenece todo, porque os he hallado jugando; conque *chilito* y cada mochuelo á su olivo: en la inteligencia, compadres, que el primero que cante tiene pena de la *via*.

Los pobres mozos se desvandaron besando las manos á quel gatera en señal de gratitud y se quedaron solos él y su camarada, riendo de aquellos salvajes á mas y mejor, y entrando en una taberna á repartirse el trigo y á beber una azumbre á la salud de sus favorecedores.

(Terminará en el número inmediato).

LEANDRO ANGEL HERRERO.

## LITERATURA.

### POESIAS.

## OMER Y GORA.

### LEYENDA ORIENTAL.

Á MI QUERIDO HERMANO EL SEÑOR DON ANTONIO TORRES.

(Continuacion.)

Toda júbilo es Granada,  
toda entusiasmo y placer,  
que ha vuelta ya la embajada,  
con la ayuda deseada  
que manda el bizarro Omer.

Las calles están sembradas  
de laureles y de flores,  
y en las ventanas colgadas  
hay cortinas damascadas  
de diferentes colores.

Juntos van Omer y Gora  
con Almanzor y Muley:  
y en la Alhambra que atesora  
la pompa y riqueza mora  
hospedaje les dá el rey.

Allí arrogante Almanzor

envidia al leal Omer  
haciendo á Gora el amor;  
que viendo en él un traidor  
le dá grima su querer.

Poco el desprecio le importa  
al hermano del monarca  
que necio su afán no acorta;  
siempre juzga empresa corta  
la que su ambicion abarca.

Vió de Gora la hermosura  
y anheló su posesion,  
cifra en ella su ventura  
y verla solo procura  
sin perder una ocasion.

De la Alhambra á la puerta cien guerreros  
á marchar al combate preparados,  
aguardan impacientes á su jefe  
que á vencer ó morir debe llevarlos.

Ya llega el enemigo, el ancho foso  
se llena en un momento de soldados,  
y á los muros se lanzan atrevidos  
con fuerza y con valor para escalarlos.

Una lluvia de piedras los recibe,  
un grito aterrador llena el espacio,  
y sobre los cadáveres reueltos  
avanzan los guerreros al asalto.

Los moros aterrados, ya contempla  
sobre las torres al andaz soldado,  
que planta la bandera de Castilla  
de sus huestes en medio el entusiasmo:

Cobardes abandonan las murallas  
que asalta con valor el castellano,  
pronto Granada á su poder sucumbe,  
un esfuerzo no mas, y la han ganado.

Omer en tanto, agude con su hueste  
á salvar la ciudad de aquel asalto;  
valor á su presencia cobran todos  
y tornan al combate con mas ánimo:

Dó quier la hueste del zegrí se lanza,  
la muerte va á llevar á sus contrarios,  
que imposible ya miran la conquista  
de la fuerte ciudad que abandonaron.

Un grito de alegría y de victoria  
resueca sin cesar en el espacio,  
¡Victoria! por Omer todos exclaman  
¡Granada! por Omer que la ha salvado.

Mientras Omer en el muro  
de laureles se cubria,  
Gora enojada decía  
al arrogante Almanzor:

Mal haya el mal caballero  
que del honor al abrigo,  
robar pretende al amigo  
la que vive por su amor.

¡Idos, villano, en mal hora,  
solo al veros me enfurezco,  
ni siquiera os aborrezco  
por lo poco que valeis!

En vos circula la sangre  
de una familia traidora,  
dejad á la pobre Gora  
si resta de honor tenéis.

Almanzor callado escucha  
de la hermosa la fiereza,  
mas anhela su belleza  
y le dice con ardor:

Oye, sultana, mi queja,  
no prolongues mi agonía,  
dichosa yo viviria  
si poseyese tu amor.

Cuanto tengo todo es tuyo,  
poseo montones de oro,  
dime, hermosa, yo te adoro  
y tendrás mi porvenir:

De rodillas te lo pido,  
endulza el afán del alma,  
mis penas, hermosa, calma  
que es inmenso mi sufrir.

El palacio en que resides  
es el mejor de la tierra,  
en sus salones encierra  
á la dicha y al placer:

Tuyo será, Gora bella,  
si una frase de amor dices,  
si en mi presencia maldices  
el recuerdo de tu Omer.

¿Oyes el grito lejano  
anunciando una victoria?  
De Granada la memoria  
solo el árabe tendrá:

Que por Mahoma maldita  
ya cayó, pase á su suerte,  
y en ella encontró la muerte  
quea por tí no velará.

Omer ha muerto, no dudes,  
en vano, pérdida, lloras:  
y de mi piedad imploras  
que jamás has de obtener.

Levanta del suelo, ingrata,  
ven á mí, dame la vida;  
para Omer, estás perdida,  
ahora mía has de ser.

En vano, Gora, suplica,  
en vano resuelta lucha,  
el maldado nada escucha  
sino la voz de su afán:

Cuando de pronto en la estancia  
adelántase un guerrero,  
que desembalaba su acero  
con atrevido ademán,

(Se continuará.)

PEDRO ANTONIO TORRES.

## MODAS.

Del periódico *Le Bon Ton*, traducimos el siguiente artículo:

Madame X, es graciosa y alegre: su fortuna es considerable.

Cochero y lacayo no esperan mas que sus órdenes para trasportarla al teatro, á la tertulia de la baronesa C...

—¿Creeráisme, decía su linda doncella, creereis, sin embargo, que mi ama está enojada? Despues de tres dias de grandes fiestas ella huye todas sus visitas; ya la jaqueta, ya el insomnio son los pretextos de que se vale para apartarse del mundo.

Yo procuré encontrar la causa de la frieza de Madame X, en donde lo creemos encontrar todo los poetas, en el corazon: yo me presumia que algun sueño amoroso habia conmovido su alma y habia dejado una quemadura en su pecho al salir, dado caso que de su pecho hubiera salido: me dirigí, pues, á mi amigo Mr. Menard, que representa para mí el cirujano del corazon de una elegante, porque M. Menard, mis queridos lectores, es, por si no lo sabeis, diamantista, y viva en la calle de Richelieu.

Pronto Madame X tuvo en su poder el mas lindo brazalete que nunca habia tenido. La hermosa fijó en él su mirada, se lo puso sobre su blanca muñeca, contempló el efecto que producía; y por último, su pequeña y linda boca se dilató con una ligera sonrisa. El brazalete iba haciendo olvidar al ingrato, la moda, la alegre y agradecida moda, la mas constante amiga de Madame X iba recobrando su lugar perdido, iba curando la llaga que Alberto habia causado. Pero todavia el brazalete era muy poco activo para transformar el corazon de una polla, y pronto fué olvidado: Madame X dió un suspiro, miró tristemente la hermosa alhaja y dirigió su pañuelo á sus ojos bañados en lágrimas. ¡Tambien llevaba brazalete la noche que sorprendió la traicion de Alberto!

Largo rato estuvo llorando amargamente.

Enriqueta entró en su habitacion algun tiempo despues llevando un magnifico vestido, obra de Madame Peytelet Compaigné.

Este vestido de dos faldas y dispuesto en sus costados en forma de túnica, de fondo azul con flores rojas y negras, y dispuesto lo mismo para la *demi-toilette* que para armonizar con la linda garibaldina que podia reemplazarse por un bajo corsé tenia para nuestra hermosa todo el encanto que la novedad agrega á la belleza.

Cogióle en sus manos con el corazon palpitante y olvidando por un momento la venerada imagen del fementido, le examinó con curiosidad infantil; sus faldas en *vies* y adornadas con pasamanerías, entre las cuales brillaba la franja *glands* de fielos largos, su cuer-

po adornado de rosas carmesis, llamaron profundamente su atencion. Colocóse la bella delante de su espejo, y al verse tan hermosa, sonrió como sonrien las coquetas, para quienes, como vosotras sabeis, el cielo está detrás del espejo.

—¡Hermosa estaba Madame!... decía poco despues Enriqueta.

Pero su gozo fué corto en extremo, porque un momento despues, al mirar su imagen, recordó que hacia muy pocas noches se habia visto casi tan hermosa, y que sin embargo... Alberto habia sido traidor.

Madame X quiso volver á llorar, pero ya no pudo. Mi pensamiento habia sido bueno indudablemente: la moda iba curando el corazon de la hermosa viuda.

Pero no dió Enriqueta tampoco lugar que se sumergiese en sus sombríos pensamientos; un momento despues entró con una *toilette* completa, obra de la misma Madame Peytelet, autora del vestido que tanto habia pesado en el platillo de la balanza opuesta á aquel en que estaba la imagen de Alberto.

Una hermosa bata de tafetan adornada simplemente por bajo de la falda, con un volante muy alto, plegado á grandes pliegues, fué la que tuvo el privilegio de llamar su atencion. La hermosa tuvo un nuevo momento de placer, pero de placer indefinible, espiritual, puro... como solo lo tienen los verdaderos amantes de la moda.

La imagen del ingrato fué poco á poco perdiendo terreno en el corazon de la bella; ya no le sintió mas que como sentimos lo pasado, con dolor sí, pero con esperanza. Cuando sorprendió la traicion de Alberto creyó morir, porque le parecia que ya no habia dicha en el mundo que la fuérase asequible; ahora era diferente, la magnifica bata que le acababa de presentar Enriqueta, valia tanto, por lo nos, como el ingrato.

—Pero si fuera posible! suspiró.

Enriqueta que entró de nuevo llevando un hermoso sombrero introducido pocos dias hacia en el gran mundo por la elegante duquesa de Auberguin, le sorprendió cuando comenzaba de nuevo á entristecerse. La forma de este sombrero, terminaba en *lambrequin*, su magnifico velo que caía magestuosamente y á través del cual resaltaba la hermosa blancura de su cutis, su conjunto mas que todo, produjeron en Mme. X una verdadera alegría. Hubo un momento en que mientras sonreía ante la magnifica luna de Venecia, se le apareció la imagen de Alberto...

—¿Lo creereis, me decía poco despues Enriqueta, lo creereis sin embargo? Mi ama volvió á sonreír no sin haber hecho antes un gracioso mohín de desprecio....

Yo, querida lectora no me admiré, nosotros los pobres poetas que no vivimos en el mundo

mas que para no ser comprendidos nos sonreímos sin embargo como sin duda se sonrieron los ángeles al considerar las devildades de las almas; no hice mas que sonreirme ligeramente cuando me hablaba Enriqueta; esto tengo en mi favor.

Aquella noche Mme. X fué al teatro, yo tambien fui allí, observé como yo observo siempre, y entre mis observaciones hice la singular de que Mme. X estaba aquella noche estremadamente amable.

En cambio fué constantemente admirada.

Cuando pocos dias despues vi yo pasear á Mme. X y cabalgar á la portezuela del carruaje un elegante, Mr. Ph... á quien yo conocia, cuando les vi mirarse y sonreirse, olvidando el mundo... formé el proyecto, querida lectora, de contarte lo ocurrido á fin de que te sirva de provechoso ejemplo. Un vestido suele producir un amante, casi tan frecuentemente como un amante suele producir un vestido. Son valores iguales en la vida. Ahora bien: ¿á cuál debe preferirse?

Aquella noche decia Mme. X á Enriqueta:

—Chica, chica, qué feliz pensamiento tuviste. Manda llamar á Mme. Peytalet.

## CRÓNICA NACIONAL.

### REVISTA DE LA SEMANA.

#### ALBUM DE EL MADRILEÑO.

Hay dias para el placer y los hay tambien para el dolor: escribimos la impresion que nos produce siempre la conmemoracion de difuntos, ese dia de tan amargos recuerdos para la humanidad, que acude á regar con sus lágrimas las flores de los cenotafios que guardan las cenizas de los que fueron.

Una numerosa concurrencia ha poblado, como de costumbre, los cementerios en la tarde del dia de los Santos: los vivos han hecho su visita á los muertos quedándose el fúnebre presénte de una corona de siemprevivas ó un ramo de verbena, tributo de veneracion, de respeto y de ternura, que envuelve siempre todo un poema de lágrimas.

No existirá un solo sér en el mundo que no tenga por qué acudir al cementerio en este dia: la miseria de la vida humana es de tal forma, que desde que nace el sér empieza á ir enterando pedazo á pedazo el corazon, empieza á caminar entre epitafios.

Todos los dramas de la vida humana van á perderse entre la fria tierra de un cementerio: la grandeza y la pequenez, el crimen y el vicio, el lujo y la miseria; todo llega á ser la presa de la muerte, todo emudece bajo las losas de los sepulcros y bajo la sombra de los cipreses.

¡Terrible contraste! Separados por unas

cuantas brazas de tierra nos ofrecen los pueblos dos lugares antipodas: el de la vida, que se agita con rúncido clamoreo; y el de la muerte, donde reina el silencio de la eternidad.

Si las tumbas de un cementerio pudieran abrirse al soplo de nuestra voluntad, si esas losas de mármol blanco arrojaran de su centro esas osamentas petrificadas que duermen en el funeral descanso, si nuestra voluntad pudiera animar con su aliento esos cráneos sin cerebro, esas órbitas sin pupilas, esas bocas sin lengua, esos corazones de polvo que se desvanecerian al mas ligero contacto del viento, ¡cuántos misterios desconocidos podríamos sondear, cuántos dramas de la vida se nos revelarían, cuántos secretos de la muerte llegarían á evidenciar nuestros errores, nuestras depravaciones, nuestros crímenes y nuestras miserias!

El espectáculo de un cementerio apaga la mirada, hiela la sonrisa, entumece al corazon y no hay remedio, la ley de la vida está unida providencialmente á la guadaña de la muerte. ¿Mas por qué siendo la vida un eterno martirio, y la muerte una recompensa, ha embellecido tanto el Hacedor á la primera y ha cubierto á la segunda de tan horrible desnudez? ¿Por qué en la primera son todas luces y armonías, y en la segunda todo es la sombra, la destruccion y la nada? Esta materia de tan esbeltas formas, ¿por qué se cubre de lepra y podredumbre, por qué sirve de pasto á los gusanos; ella que animada por la vida, aparecía dominando sobre la creacion, como domina el sol sobre el espacio?

¡Desventurada naturaleza humana! ¡Siempre á dos dedos de la tumba! ¡Siempre al pié de la ley de las destruccion! ¡Un pequeño hilo interpuesto entre el sér y la nada, entre la luz y la sombra, entre la criatura y la muerte!

Esos grandiosos mauseos, esos sepulcros de jaspe y mármol que levanta el oro para cubrir la escoria, esas modestas sepulturas de ladrillos, ese hoyo relleno de cal donde se pudren los huesos del que no pudo adquirir en la vida para comprar una tumba, dentro de cincuenta años se abrirán para ceder su puesto á los huesos de otra generacion... Oremos hoy para que oren tambien por nosotros: reguemos con nuestras lágrimas esas flores de un azul lúgubre, para que no dejen marchitas algun dia las que crezcan en torno de nuestros restos helados: ante los sepulcros, la humanidad viviente debe inclinar la cabeza, porque tiene delante una humanidad santa que duerme sobre la piedra y que bendice á través del cielo.

Jorge Manrique dijo en su tiempo:

Nuestras vidas son los rios  
que van al mar, que es el morir....

Verdad elocuente que resume todas las verdades.

No tenemos espacio en este número para consagrarnos á la crítica teatral: en el inmo-

diato daremos cuenta de las novedades de la semana.

L. A. HERRERO.

#### Compañía del sorteo del 30 del pasado octubre.

En este sorteo se tomaron los diez billetes constantes, que importaron 4,000 reales.—Tomaron parte cincuenta acciones.—Salió premiado el billete número 19,551 con 140 duros; los cuales, repartidos entre las mencionadas cincuenta acciones tocan á 56 reales por accion, las medias á 28 y los cuartos de accion á 14 reales.

A la Compañía Económica le han correspondido en las cinco acciones que llevaba 280 rs.

#### Compañía para el sorteo del 10 del presente.

Para este sorteo se toman lo mismos billetes 19,551 al 40, cuyo importe es el de 2,000 rs., distribuidos entre cincuenta acciones; estas á 45 rs., las medias á 25 y los cuartos á 12 rs.

La Compañía Económica lleva invertidos los 280 rs. en este sorteo con siete acciones.

#### Sorteo para Navidad.

Es de nuestro deber avisar con tiempo á nuestros suscritores que los que deseen participacion en dicho sorteo, ó envío de décimos, hagan el pedido con tiempo acompañando en libranzas ó letra el importe, pues despues tendríamos un sentimiento en no servir á nuestros abonados.

Tengan presente que los billetes de Navidad duran pocas horas á la venta.

Los regalos pertenecientes al presente mes, tendrán lugar el 10 del corriente, y serán las primeras cincuenta y cuatro bolas que salgan del globo las agraciadas, en atencion á no alcanzar los premios grandes á cubrir. En adelante continuaremos el mismo sistema á falta de otro mejor.

Propietario y editor responsable:

D. JOSE MORALES Y RODRIGUEZ.

MADRID:

Imprenta de EL MADRILEÑO, Caballero de Gracia, 15.